



Universidad Nacional de Rosario
Facultad de Psicología
Trabajo Integrador Final

Narrativas de segunda mano: ensayo sobre la escritura de casos en psicoanálisis

Modalidad de presentación: Ensayo
Autor: Ivo Fabian Mass
Legajo: F-5508/5
DNI: 42566592
Docente responsable: Fernando Masuelli

2024

2

Agradecimientos:

A quienes me acompañaron a lo largo de este proceso escritural, afectos e

interlocutores, a la Facultad de Psicología dependiente de la Universidad Nacional de Rosario y al lector, cualquiera sea su procedencia, gracias por causar mi inspiración, dedicarme tiempo y, sobre todo, sostenerme en la perseverancia que requiere un emprendimiento tal. Por más senderos a trazar.

3

ÍNDICE:

Resumen.....	4
1. Nota Introdutoria.....	5
2. El analista, al menos dos.....	7
3. De pagos y renuncias.....	11
4. Transmitir lo intransmisible: pasajes fastidiosos de lo privado a lo público.....	14
5. Sobre la narrativización de la práctica.....	17
5.1 Escritura testimonial: Trabajo de construcción fragmentaria.....	17
Lo arbitrario del recorte y una posición ético-epistemológica posible.....	19
6. Reflexiones finales.....	21
Referencias bibliográficas.....	22
	4

Resumen:

El presente Trabajo Integrador Final (T.I.F.) indaga acerca de la escritura de casos enmarcada dentro de la operación de transmisión del psicoanálisis. Al abordar la narrativización de la práctica por parte de un analista, se propone interrogar la posible coincidencia o disimilitud entre la posición del analista en la práctica y la posición ocupada en la escritura. Avanzado el desarrollo, mediante una diferenciación entre teoría, práctica y clínica psicoanalítica, se argumenta de forma reiterada y por diversas vías por una distinción entre ambas posiciones, marcando una distancia a la vez que se las pone en relación y tensión. Posteriormente puntualiza especificidades sobre la posición del analista y la transmisión del psicoanálisis, para luego proceder a tratar la temática del trabajo escritural al caracterizarlo como fragmentario y arbitrario. Finalmente, reflexiona y conjetura que, en la escritura de casos en psicoanálisis, algo queda inevitablemente excluido en el pasaje de lo privado de la práctica analítica a lo público de la narración, y que según cómo se posicione el escritor del caso en relación a ello es que deviene el producto de su escritura.

Palabras clave:

Psicoanálisis – Escritura de casos – Posición del analista – Transmisión del psicoanálisis

5

1. Nota introductoria

No se incurre en ninguna imprudencia al decir que, desde Freud en adelante, una copiosa cantidad de practicantes del psicoanálisis se han esforzado por transmitir el acontecimiento de la práctica psicoanalítica. Sea por la vía de historiales clínicos o de las más recientes y populares viñetas clínicas, no cabe duda de que se ha recurrido a una multiplicidad de modalidades narrativas escriturales con diversos fines bajo la rúbrica de la

transmisión del psicoanálisis.

Si bien dichas formas de escribir sobre la práctica tienen entre sí características que las distinguen, también ciertos puntos de convergencia permiten hablar de maneras de relatar sobre lo acaecido en el dispositivo analítico, englobables bajo lo que se conoce como la escritura de casos clínicos. A este respecto, se destaca la escritura como trabajo de producción narrativa de carácter testimonial por parte del autor -en este caso el analista, ya que también los hay por parte del analizante- que intenta producir un texto en que se aborde algo de su experiencia como tal.

A raíz de esto, tampoco sería apresurado caracterizar la relación entre la práctica psicoanalítica como analista y la escritura de la misma como problemática cuanto menos, lo cual no es novedoso, de hecho, fue el mismo Freud quien, tanto tempranamente como más avanzado en su obra, lo puso en evidencia. Sea la concepción de sus historiales clínicos como novelas por parte del lector y no como comunicaciones científicas (Freud, 1985), como era su pretensión, sean las reservas a las que el material clínico debe someterse para conservar el secreto profesional (Freud, 1978a), sea la no admisión de terceros oyentes dentro del dispositivo analítico por sus características técnicas y éticas (Freud, 1978b), o sea el carácter fragmentario de toda comunicación de esta índole, quizás podría argumentarse que la mayor de las dificultades residió en el propio involucramiento de Freud en la escritura, involucramiento que, tal y como se busca destacar en este ensayo, es ineludible. Con el fin de sacar el foco de Freud, pero no sin él, se dirá entonces que la escritura efectuada por parte de los analistas de sus prácticas ofrece una serie de problemas y dificultades no siempre tomados en consideración a la hora de hacerlas públicas.

Ahora bien, se podrá estar de acuerdo en que, dentro del dispositivo analítico, el analista ocupa una posición y ejerce una función que le es propicia para el desarrollo de su práctica. Tanto Freud, en lo que se conoce como sus escritos técnicos, como Lacan, y la orientación que le sucedió, se propusieron esbozar ciertos lineamientos sobre lo que debería ser esta posición del analista, sintagma desde entonces reproducido con frecuencia en muchos círculos psicoanalíticos. Lejos de pretender colmar todos los desarrollos a este respecto, lo que se busca aquí es elevar una serie de interrogantes que pongan en tensión dicha posición y la narrativización de la que muchas veces es objeto.

Es por ello que el presente Trabajo Integrador Final (de aquí en adelante T.I.F.) se propone investigar la relación entre la posición del analista en la práctica y la posición que ocupa al narrar un caso por escrito en el marco de la transmisión del psicoanálisis. Particularmente, se hace hincapié en la siguiente inquietud a ser fundamentada y desarrollada: si la del analista es una posición a ser ocupada, ¿acaso esta posición es la misma que ocupa al escribir sobre su práctica como analista? De no ser así ¿desde qué posición emprende este trabajo de escritura? ¿Qué implicancias acarrearía esta posible distinción? Con esto en mente, se interroga no necesariamente el porqué del relato de la práctica o la elección de modalidad narrativa para el mismo, sino la posición desde la cual la escritura se lleva a cabo en su posible diferenciación y ligazón con la posición del analista en la práctica y el producto que deviene de estas.

A estos fines, primero se efectúa un examen de la problemática anunciada sostenido por construcciones teóricas que ofician de andamiaje. Entre ellas, se profundiza sobre la problemática desde una diferenciación y anudamiento entre práctica, teoría y clínica psicoanalítica, unos desarrollos epistemológicos respecto de la utilización de casos en psicoanálisis, un esbozo de lo que se entenderá por la posición del analista y la relación

6

ética que esta entraña respecto al saber, así como la función del analista, el deseo que la sostiene y la ética que soporta una práctica psicoanalítica de orientación lacaniana. A continuación, se circunscribe con mayor detalle lo que se entiende por la transmisión del psicoanálisis desde desarrollos principalmente lacanianos. Luego, se da lugar a

cuestiones atinentes al trabajo de escritura de la práctica por la vía del relato, su narrativización, testimonialidad, carácter fragmentario y estilo para, en un último apartado previo a las reflexiones finales, conjeturar más fehacientemente sobre lo que puede implicar la posición a ser ocupada por aquel que escribe sobre su práctica como analista.

7

2. El analista, al menos dos

La primera distinción que vehiculizará los presentes desarrollos es la aportada por Cancina (2008) al proponer para la investigación en psicoanálisis un anudamiento borroméico entre teoría, práctica y clínica psicoanalítica de modo que, si uno de los tres redondeles de cuerda se suelta, se sueltan todos. Esto se debe a la propiedad bajo la cual están anudados, sin penetrar uno el agujero central del otro, se mantienen anudados por la recíproca equivalencia entre los tres, sin jerarquías, solo distinguidos por el hecho de estar nombrados. Esta conceptualización será afín al propósito de este escrito ya que plantea explícitamente a la práctica psicoanalítica como aquella del analista que se produce en la intimidad del acto con el analizante. Quizás lo más destacable de su caracterización es que esta práctica no es sino sin acceso para terceros, constituye un imposible, dejándola en el terreno de lo real.

Figura 1

Gráfico N°5



Nota. Adaptado de La investigación en psicoanálisis (p. 53), por Cancina, P., 2008.

Por su parte, y como veremos en varios tramos del presente escrito, Freud (1978b) ya dejaba traslucir algo similar. Aunque sus intentos de escribir su práctica no faltaron, no dejó de señalar que, en lo concerniente a la enseñanza del psicoanálisis -que por nuestra parte será concebido no como enseñanza, sino transmisión, y a ser profundizado posteriormente- una dificultad mayúscula se presenta entre otras. En la práctica psicoanalítica, se lee en Freud, no ocurre otra cosa que el intercambio de palabras entre analista y analizante -si bien no todo consultante o paciente es un analizante, sino que deviene tal, pero a los fines expositivos esta noción lacaniana será de utilidad-, el asunto es que dicho intercambio “no soporta terceros oyentes; no admite ser presentada en público” (Freud, 1978b, p. 15). Va incluso un poco más lejos, al aventurar que solo se puede acceder a ello de segunda mano.

Por ende, para retomar a Cancina, si bien no es posible para terceros adentrarse en ese terreno de la práctica analítica como tal, es a partir de él que va a producirse tanto la teoría como la clínica. A lo que se tendría acceso entonces es a lo que el analista teoriza al reflexionar sobre su práctica, es decir a ese movimiento de construcción que hace a la clínica de cada analista en su teorizar los efectos que produce en la experiencia, en ese intercambio de palabras. La clínica psicoanalítica -por más que quepan cuestionamientos respecto de esta designación tales como los aportados por Le Gaufey (2004)- quedaría en

el terreno simbólico del anudamiento mientras que la teoría en el imaginario, produciendo un cerramiento cuestionado cada vez por la práctica y las construcciones que le son sucesivas, la clínica en tanto conmueve a la teoría cada vez.

En continuidad con esta misma vía, se halla similar, más no idéntico, el nudo borromeo formulado por Faccendini (2018) esta vez respecto de la formación en psicoanálisis. Allí también se promueve a la clínica como articuladora entre práctica y teoría, intersección entre ambos nudos que a su vez es atravesado, y sostenido, por la función deseo del analista como cuarto nudo para la formación, siendo los tres primeros la

8

supervisión, la teoría y la práctica. Su apuesta consiste en plantear que en la formación en psicoanálisis hay un real en juego, un imposible, la práctica en sí misma, que sostenida por la función deseo del analista hace de ese imposible una práctica posible. Pero no por habilitar su posibilidad hace que la práctica sea de por sí accesible, tal y como se ha situado, sino que el hacer clínica -resaltando así su carácter dinámico y no estático-, el teorizar reflexivamente sobre la práctica que permite la escucha de lo diferente, lo novedoso, entre las invariantes, es lo transmisible.

Figura 2

Figura N°2



Figura N° 2

Nota. Adaptado de Una clínica del grado del deseo (p. 29), por Faccendini, J., 2018.

Ahora bien, y aquí yace el problema, o al menos uno de sus ejes, ¿siempre se es analista? Es decir, en el practicar, el teorizar y el clínicar, ¿se es analista en todo momento? Esta cuestión también es tomada por Faccendini (2018) al interrogarse él mismo por si una vez que se es analista se lo es de una vez y para siempre, interrogante que hace foco en el ser de la cuestión, como si se tratase de un asunto de esencia. Decide -y se comparte su criterio- señalar los peligros que conlleva para la práctica dicha concepción estática que llevaría a no cuestionarse por el propio hacer allí, sitúa entonces la cuestión en términos de un trabajo que implicaría devenir a cumplir la función de analista. Concluye por su parte que “no hay ser analista, sino en todo caso podrá devenirse a la función analista (...) Será en la medida en que se rechaza el ser que podrá devenirse saber supuesto” (p. 28), cuestiones algunas a ser esclarecidas en un posterior apartado.

Estos desarrollos que adquieren una crucial importancia a la hora de pensar la práctica psicoanalítica no han sido sino producto de los aportes de Jacques Lacan, quien centró su interés en interrogar continuamente la posición de quien se ofrece para cumplir la función de analista. Sus esfuerzos de formalización apuntaron a trascender el famoso caso por caso con el fin de pensar lo que debería ser la posición del analista en su

escucha, lectura y los efectos de la misma (Faccendini y Vinciarelli, 2023). Sin desconocer, por otra parte, el doble sentido que este posicionamiento tiene, ya que por un lado está la pregunta por donde sitúa el analizado al analista, qué le supone, y por el otro la de donde debe estar este para responderle convenientemente, es decir para responder al fenómeno de la transferencia y operar allí “cuando el sujeto se encuentra en el único camino al que debemos conducirle, el camino en el que debe articular su deseo” (Lacan, 2003a, p. 350).

A modo de profundizar, no es azaroso que tanto Cancina (2008) como Faccendini (2018) hagan uso de una cita de Lacan, que introduce a su vez un problema de transcripción, que soporta el hecho de que el analista en su práctica lejos está de constituir una esencia, sino que está allí ocupando una posición y ejerciendo una función. A la altura del Seminario XXII: R.S.I. (Lacan, 2002) se lee que es indispensable, imprescindible, que el analista sea al menos dos: “el analista para tener efectos es el analista que, a esos

9

efectos, los teoriza” (p. 7). Aquí entra el problema de transcripción, ya que lo que en esta cita aparece como es se corresponde con un est en francés, pero ocurre que la transcripción provista por Jacques Alain Miller es et (francés para el y en español), no est, siendo más coherente con el al menos dos, leyéndose: es indispensable que sea al menos dos, el analista para tener efectos y el analista que, a esos efectos, los teoriza, partiendo así las aguas dejando en claro que se ponen en juego dos posiciones diversas intercaladas por un tiempo de reflexión entre ambas.

A su vez, esta distinción puede leerse vinculada en proximidad al consejo freudiano de olvidar cada vez en los inicios de un tratamiento lo que se sabe (Cancina, 2008); al no poner en juego ningún saber, el analista que produce efectos se presta a construir un saber ahí en su práctica con el analizante (Faccendini, 2018), dejando del otro lado de la ecuación el hacer clínica, el dar cuenta de la práctica teorizando. Así las cosas, correspondiente con la regla fundamental de atención parejamente flotante del lado del analista, formulada por Freud, se insta a este en su práctica a no seleccionar, a abstenerse de búsqueda, a no tensar la atención, fijándose en un fragmento particular del material ofrecido por el analizante, ya que dichas actitudes no obedecerían sino a “sus propias expectativas o inclinaciones” (Freud, 1986a, p. 112), dándole lugar a correr “el riesgo de no hallar nunca más de lo que ya sabe” (p. 112).

Lo que se busca resaltar es una particular relación con el saber que se pone en juego, diferencialmente, para el analista en sus al menos dos posiciones. Por un lado, es preciso que se desprenda de él -ya se verá cómo y en qué consiste-, pero por el otro se plantea lógicamente una pregunta: y es que, al dejar de ocupar su posición de analista dentro de la transferencia, más puntualmente, cuando se desplaza posicionalmente y haciendo clínica apunta a transmitir por la vía del relato, como es costumbre, aquella práctica, ¿qué relación detenta con el saber? ¿Hacia dónde lo llevan sus inclinaciones, expectativas y ambiciones? ¿Qué lega al lector esta segunda mano que señalaba Freud? Si se concede, alineado con lo expuesto hasta el momento, que el analista en su práctica “no está allí a título personal, que sus opiniones, deseos e intereses se excluyen del dispositivo y que su acción tiende esencialmente a provocar la elaboración de un saber” (Neffen, 2023, p. 127), ¿a dónde van a parar esos títulos personales a la hora de escribir y publicar selectivamente acerca de un fragmento de la práctica? Estas puestas en tensión - que no dejan de contener en su orientación ciertos señalamientos- se irán deshilvanando a lo largo de este escrito, pero por el momento quedarán en espera para primeramente dar lugar a una problemática que ocupa aquí un lugar central y responder taxativamente a uno de los interrogantes planteados en la Nota Introductoria.

De lo expuesto hasta el momento se extrae el hecho de que, ante la pregunta de por si la posición del analista y la posición del escritor que relata un caso son homólogas o no,

rápidamente se puede responder por la negativa. En el posicionarse como escritor para informar bajo la forma de relato un caso de su práctica, al entonces analista no le queda otra -lógicamente, es decir más allá de cualquier pretensión de objetividad- que modelar los elementos del caso y ordenarlos narrativamente, seleccionando, recortando, desde otro lugar que el hasta ahora esbozado para el analista y otra relación con el saber, dejando en evidencia una grieta entre una posición y la otra (Porge, 2007), grieta en la que, se anticipa, algo cae.

Para ahondar aún más, en un reciente ensayo epistemológico, Le Gaufey (2021) dedica una serie de reflexiones sobre los casos en psicoanálisis en general y una crítica sobre el uso de las viñetas clínicas en particular. Según él, la forma narrativa propia del caso clínico, cuyo adjetivo cuestiona, constituye desde la tradición freudiana en adelante una suerte de señal específica e incuestionada del saber llamada a ser continuada por todo aquel que se perciba como freudiano. Resalta que en los últimos 30 años se ha visto una proliferación de breves relatos de casos que confirmarían a primera vista al psicoanálisis como un terreno fértil para aquel enfoque narrativo de la singularidad. Sin embargo, quedan así relegadas aquellas exigencias, también freudianas, para la situación analítica que plantea ciertas objeciones ya abordadas en este escrito respecto de este tipo de

10

elaboración de casos. El autor pretende entonces emprender una crítica para pensar las fuerzas presentes que motivan la elaboración de un caso tal.

Al retomar una afirmación sarcástica por parte de un psicoanalista norteamericano sobre los informes clínicos que reza no confiar en los analistas, Le Gaufey destaca que no se trataría tampoco de poner en duda su honestidad, que no es un asunto ético -aunque por nuestra parte se opta por sostener a la par la puesta en juego de este último aspecto-, sino técnico, el que obstaculiza dichos informes. Y es que “cuando el analista se desplaza enunciativamente para volverse el narrador de lo que vivió como protagonista, se halla en una nueva posición narcisista, cargado de implicaciones que nada garantiza que estuvieran presentes en la transferencia” (p. 47).

Cualquiera sea el fin o el contenido de estas formas narrativas de transmitir el psicoanálisis, la intención es la de poner bajo la lupa aquel pasaje supuestamente natural y pocas veces cuestionado de lo privado de la práctica a lo público que funda un saber allí en la clínica psicoanalítica, pensada desde los aportes de Cancina (2008). En aquel movimiento de mostrar los efectos producidos por parte del analista, de a ratos pareciera que se pasa por alto o que no fuese atractiva aquella reflexión necesaria acerca de qué móviles se han puesto en juego para la publicación por escrito de un fragmento de la práctica.

11

3. De pagos y renunciaciones

Una parada obligatoria y adeudada es la de situar con mayor precisión qué quiere decir el tantas veces utilizado sintagma de la posición del analista. Se entiende que un trabajo preciso y profundo sobre esta temática requeriría un ensayo en sí mismo, pero no por ello se dejaron de señalar una serie de puntos básicos al respecto a tener en consideración para los fines del presente escrito.

Lo primero que se dirá es que este concepto no es claro y preciso, tampoco es objeto de una serie de máximas que lo delimiten, como señala Canale (2023) “la posición del analista no puede ser reducida a una definición que fije su sentido, sino que ésta implica un campo problemático en donde se juegan aspectos técnicos, éticos y políticos propios

de nuestra práctica” (p. 15), la práctica analítica. A su vez, el la en la posición del analista es engañoso, implicaría que esta fuese una, homogénea, consistente y que no habría otra posible. Esto no podría ser más impreciso, debido a que le cabe un cuestionamiento desde al menos dos frentes.

En primer lugar, lo que sería la forma en la que el analista debe posicionarse en la transferencia para cumplir adecuadamente su función es de por sí fluctuante al menos en los aportes de Freud y Lacan, aunque en este último dicha fluctuación resalta más dada la proliferación de desarrollos conceptuales que la modifican a lo largo de su enseñanza. Nuevamente, profundizar al respecto implicaría una serie de extensos desarrollos, por ello nos limitaremos a señalar que la genealogía de este concepto está estrictamente ligada a la posibilidad de advertir cómo esta posición transferencial del analista tiene un papel decisivo en lo tocante a las vicisitudes de un análisis, es decir que estos posicionamientos posibles acarrear consecuencias en la práctica (Canale, 2023).

En segundo lugar, cabe preguntarse por si la posición del analista podría ser una única, dado el énfasis puesto desde el psicoanálisis en el caso por caso, es decir en la singularidad del consultante que podrá devenir analizante. Una vez más, siguiendo a Faccendini (2017) surge pensar que si fuese una única posición a secas se caería en el riesgo de una coagulación de una práctica que exige ser artesanal, y que por el contrario si se conciben múltiples posiciones del analista también se inhiere en un riesgo de proliferación no articulada de las mismas. El autor en definitiva se decanta por afirmar a la posición del analista como una, “pero que la misma será sostenida en una lógica de trabajo que implicará modificaciones en su devenir (...) demandará la flexibilidad, movilidad y modificación necesaria que le exija la dirección de una cura fundamentada en la función deseo del analista” (Faccendini, 2017, p. 121).

¿Qué funcionalidad tiene entonces esta posición? Responde Faccendini (2017): la de posibilitar la instauración de la transferencia articulada al saber; la fundación de una demanda de análisis -distinta del motivo de consulta-; y la construcción del sujeto de lo inconsciente. Quizás lo más interesante, correspondiente con lo que se esbozó más tempranamente acerca del tema, es que en este movimiento recursivo entre la posición del analista y su función deseo del analista, justamente el que cumple con ellas “no interviene con su persona, sino que está más ligado a un lugar vacío” (p. 122), vacío al menos respecto a cualquier saber preliminar en lo que corresponde a aquel quien consulta.

Sucede que, de todo lo mencionado hasta el momento, la posición del analista y la función deseo del analista en particular, tampoco son eminentemente puras, por así decir (Faccendini, 2017). Si bien habilitan a una distancia respecto de los ideales y la persona del mismo analista, con la cual este paga para operar allí desde una posición otra, estos elementos difícilmente podrían ser desechados del todo por el simple hecho de que “desde cierto ángulo, el analista nunca es completamente analista, por la sencilla razón de que es hombre y que participa él también en los mecanismos imaginarios que obstaculizan el paso de la palabra” (Lacan, 2020, p. 230).

Aun así, en términos generales se trata de coordenadas para pensar una posición que le habilite cada vez a “no ser presa de la relación imaginaria” (p. 230), no dejarse “llevar por una vía falsa, no responder ahí de una forma errada, al menos respecto a cierto objetivo que perseguimos y que no es tan claro” (Lacan, 2023, p. 67), dado que nada hay más

12

ambiguo que el concepto de curación. Por ende, la responsabilidad que corresponde al analista en la posición que el aceptaría ocupar reside, según Lacan (2023) y a grandes rasgos, en mejorar la posición del sujeto.

El esfuerzo consiste en puntualizar “qué tiene que ser dicha posición ante la llamada del ser, la más profunda, que emerge cuando el paciente viene a pedirnos nuestra ayuda y nuestro socorro (Lacan, 2003a, p. 301). Así las cosas, y sin entrar en mayor detalle, se

trata de lo que conviene que sean tanto la función del analista como su posición para que el trabajo sea posible allí donde se intentan llevar las cosas, “la posición más conveniente para hacer lo que es justo hacer, a saber, interrogar como saber lo tocante a la verdad” (Lacan, 2004, p. 116). Queda a la vista el conviene, ya que no está dado por sentado ni mucho menos que estas condiciones -con lo que tienen de ideal, cuya cuestión está “en el corazón de los problemas de la posición del analista” (Lacan, 2003a, p. 399)- se cumplan en todos los casos, y es por ello que, en su retorno y herejía respecto a Freud, Lacan se la pasa intentando rearticular cuál debe ser la posición del analista, siendo una de sus metas “formular qué debe ser verdaderamente el analista para responder a la transferencia” (Lacan, 2003a, p. 383).

Hasta aquí llega un punteo sobre ciertas generalidades acerca de la posición del analista. Con estas bases, sumadas a los aportes previos, entre ellos la no entificación del analista en tanto función, se tratará ahora de abordar en particular la relación que esta posición detenta con el saber para posteriormente contrastarla con lo que sucede a la hora de narrar la práctica mediante la escritura de casos.

Sucede que, en la experiencia analítica, el analista es interrogado como si supiera, incluso como portador de un secreto singular (Lacan, 2003a), y esto queda demostrado en que “En el fondo de cada uno de nosotros que intenta esta experiencia, la abordemos como la abordemos, como analizado o como analista, existe esta suposición” (p. 302). Esto esbozado a la altura del Seminario VIII (Lacan, 2003a) será un aporte preliminar a lo que a la altura del Seminario XI (Lacan, 2021) pasará a conocerse como sujeto supuesto saber y reformulado a lo largo de su enseñanza.

Sin ir más lejos, dado que sobrepasaría los fines de este punteo, este concepto consiste brevemente en que el analista en la transferencia funcione como sujeto al que se le supone un saber en el análisis con el analizante. Aquí el énfasis debe ser localizado en el supuesto, ya que lo que al analista le conviene para ocupar la posición lógica que le es propia:

Ha de situarse en términos de nesciencia, en otras palabras, de docta ignorancia, de una falta de ciencia, de una ausencia de ciencia, de saber, sobre todo de saber en el sentido de “la” ciencia, que el analista como tal, en ejercicio -no como sujeto, en su vida propia- no ha de poseer. (Rabinovich, 2015, p. 18)

Esto implica que desde la posición del analista se ha de rechazar el saber, abandonar los prejuicios y mantener una actitud escéptica al ignorar lo que se sabe. El analista ha de rechazar el saber, afirmándose en el no-saber, escéptico en su posición al adoptar la regla de la atención flotante, una escucha que no subraye nada en particular hasta que algo del orden del inconsciente se despliegue en el discurso del analizante y lo permita (Rabinovich, 2015). En resumidas cuentas, se dirá que una manera entre otras tantas de abordar la posición del analista y su función es por la vía de la ignorancia docta (Lacan, 2022), modalidad del que sabe que no sabe, del que sabe ignorar lo que sabe, vía por la cual el análisis encuentra su justa medida, propicia para construir un saber sobre una verdad. Al tolerar la idea de un no-saber, se perfila y da lugar a un resto que, más allá del saber, “mueve el saber y, por lo tanto, es causa de saber” (Rabinovich, 2015, p. 50), condición indispensable para la práctica analítica.

Para ser más precisos, se retoma el lugar vacío que anteriormente se mencionó en relación al analista. Ocurre que, llegado cierto momento de la enseñanza de Lacan, la transferencia ya no se concibe como una relación intersubjetiva entre analizante y analista, no hay dos sujetos, sino uno solo, el analizante, para quien el analista viene a ocupar el

lugar del objeto a. Es meramente por efecto de la transferencia que se instituye al analista como sujeto, pero solamente supuesto por el analizante, supuesto saber (Domb, 2007).

Aquí la distancia entre un lugar y el otro ha de ser demarcada, pues “Por un lado el analista viene a ocupar en la transferencia el lugar del objeto a; por el otro, el de Sujeto supuesto saber” (p. 73), Por efecto de la transferencia, el analista se convierte para el analizante en sujeto supuesto saber, pero “Al “desuponerse” de ese Saber, el analista puede ocupar el lugar del objeto a” (p. 73), con el fin de poder ejercer éticamente su función al declinar el lugar de cualquier ideal.

Por el contrario, si el analista se afirma anticipadamente en algún tipo de saber preliminar a la hora de encarar su práctica “en la gran mayoría de los casos su funcionamiento correrá el riesgo de ser dogmático, de fundarse en dogmas preconcebidos acerca de qué debe ser un sujeto y acerca de cuál es su Bien” (Rabinovich, 2015, p. 21).

Por último, con esto se busca no necesariamente examinar lo que implica este lugar vacío que el analista vendrá a representar en tanto objeto a para el analizante con el fin de que este encuentre allí un lugar para desplegar la transferencia -por otra parte, ocuparía un considerable y extenso tratamiento-, sino hacer hincapié en la otra cara de la moneda, cierta declinación, cierta recomendada renuncia por parte del analista. Lo que supone es que este, al ocupar su posición y en el ejercicio de su función “no introduce su yo -paga con su persona- ni pone en juego sus propios significantes- él no está allí en condición de sujeto-; su inconsciente, sus fantasmas, es esperable que todo esto quede fuera de la sesión analítica” (Domb, 2007, p. 73).

A esta altura se dibuja un tercer frente desde el cual cuestionar la posición del analista. Se ha hecho mención a que el analista no funciona siempre como tal, al menos por fuera del dispositivo analítico. Pero, en su práctica, allí donde pretende ocupar la posición que le conviene, ¿esta siempre le es accesible? Resulta orientadora la cita del Seminario III (Lacan, 2020) de la que se hizo uso en este apartado, al aclarar que el analista nunca es completamente analista. En consecuencia, la posición del analista nunca se ocuparía completamente ni se funciona desde ella en todo momento de la práctica, es del orden de lo conjetural, de lo evanescente. No consiste en un conjunto de reglas técnicas o consejos al médico (Freud, 1986a), pero tampoco es sin estos, es decir que se sostienen las abstinencias y las renunciaciones adecuadas con el fin de, eventualmente, acceder en la práctica a esta posición.

En consecuencia, se ve revitalizado y apuntalado el interrogante previamente emplazado al referirnos a los títulos personales del entonces analista y sus destinos por fuera de la práctica, particularmente cuando se propone la escritura narrativa de un caso. A dicho interrogante se le suma este otro: zanjada la diferencia posicional entre la del analista practicante y el escritor de casos que teoriza, aquello que se espera quede por fuera de la sesión analítica ¿obedece necesariamente al mismo destino en el esfuerzo de transmisión por la vía narrativa expuesta a un público?

Desde lo esbozado en la sección precedente y lo añadido en la presente, queda a la vista que desplazamientos enunciativos, segundas manos, títulos personales, implicaciones e intereses ajenos a aquella suerte de criterio ético que constituye la posición del analista, tal y como ha sido esbozada hasta el momento, son ineludibles al momento de transmitir por la vía del relato aquel real que hace a la práctica analítica con el analizante. Sobre ese espacio artificial de la palabra “No se sabrá nunca nada al respecto sino por intermedio de uno de los dos que se proponga, por una razón o por otra, hacer público tal o cual fragmento” (Le Gaufey, 2021, p. 46 y 47), momento que llevará de ahí en adelante la marca de aquel destinatario, el público, en este tipo de producción narrativa que tiende a propagar una entidad que Le Gaufey denuncia como un “nosotros, los clínicos” (p. 48).

14

4. Transmitir lo intransmisible: pasajes fastidiosos de lo privado a lo público

En este punto, sembrados los principales terrenos a ser recorridos y por los cuales se

busca trazar senderos con el fin de usufructuar lo que oportunamente devenga en cosecha, se ve necesario efectuar no un desvío sino más bien un retroceso por el propio recorrido. Y es que se ha hecho mención de lo que sería la transmisión del psicoanálisis, pero, ¿de qué se habla cuando se alude a la transmisión del psicoanálisis? Muchas veces, como si fuese algo del corriente, se da por sabido qué quiere decir aproximadamente esta expresión, nuevamente un saber ocupa el centro de la escena, incluso su totalidad, sin dejar espacio para un interrogante al que en estas líneas se le procura forzar una apertura. A esos fines, se pretende situar puntos de anclaje de lo que se concebirá retroactivamente y de aquí en adelante, por la transmisión del psicoanálisis.

Como puntapié, se partirá de dos proposiciones íntimamente ligadas: primeramente, se dirá junto a Gusmán (2016) que la pregunta por cómo transmitir lo que se dice en un análisis es una dificultad que continua vigente y que, si así lo es, debe obedecer a la naturaleza del objeto del que se trata, es decir la práctica analítica -tal y como lo señaló Freud (1978a) a modo de amparo frente a los tempranos embates que sufría la emergente práctica y los problemas de su comunicación científica en Fragmento de análisis de un caso de histeria publicado en 1905-. La segunda proposición consiste en que esta dificultad vigente se intenta atemperar por el hecho de que "Todo texto psicoanalítico (...) es en alguna medida una respuesta a la pregunta por cómo se transmite el psicoanálisis, por cómo puede comunicarse algo de lo que ocurre en la particular experiencia que conocemos bajo ese nombre" (Escars, 2003, p. 11).

Sin más preámbulos, el primer paso para delimitar la transmisión del psicoanálisis será retomar una distinción situada a principios del escrito: entre transmisión y enseñanza. Ambos términos tienen significaciones que, si bien pueden creerse cercanas, no se confunden, por ello se pretende puntualizar en las acepciones de estos términos a ser tomadas específicamente para el psicoanálisis.

Por supuesto que tanto el enseñar como el transmitir caben al hablar de psicoanálisis, esto tanto desde Freud como desde Lacan. Una forma de diferenciarlos sería pensar el objeto de las operaciones de enseñanza o transmisión en cuestión, en este caso el de la práctica psicoanalítica. Si bien no se desconoce las posibilidades de enseñar algo de ello, o al menos el enseñar algún medio para aprehenderla como podrían ser las fórmulas o los matemas lacanianos, a los fines de este ensayo se cree apropiado pensar a la transmisión como más propicia respecto de la práctica psicoanalítica ya que permite una posición de límite en relación al saber, alejado de un adoctrinamiento que, por el lado de la enseñanza, impone un saber dogmático (Belaustegui Goitía, 2011).

Aquí, el recurso al diccionario y a la etimología, provisto por la versión en línea del diccionario de la Real Academia Española (s.f.), será útil e ilustrativo. En primer lugar, el verbo enseñar viene del latín *insignāre*, cuyo significado es el de señalar -connotación indiciaria que recuerda a la relación entre el investigar derivado de *vestigium*, la huella y su búsqueda, es decir, habría una búsqueda, una sospecha de algo oculto y una pretendida iluminación por la vía de la enseñanza-, así como también el mostrar o exponer algo para ser apreciado. Los sinónimos más cercanos son el instruir y adoctrinar, entre otros posibles, pero de estas semejanzas destaca el hecho de que, en el enseñar, el saber es impuesto por aquel que lo detenta hacia aquel a ser aleccionado por carecer del mismo. Por su parte, transmitir, del latín *transmittere*, significa hacer llegar un mensaje de un lado al otro, cuyos sinónimos versan entre pasar, dar, ceder e incluso infundir.

Así, por los significados aludidos y los argumentos esbozados, el hecho de transmitir, la operación de la transmisión, se cree más solidaria específicamente respecto de la práctica analítica -no así quizás en relación a la teoría, cuya aprehensión puede beneficiarse de un enfoque enseñante-, real que mediante la reflexión se hace clínica transmisible. Si bien ambas operaciones son posibles, de lo que se trata en definitiva es, una vez más, de formas de relacionarse con el saber.

La transmisión no quedaría del lado de una operación exacta, exhaustiva o ilustrativa -más ligada a la enseñanza en el ámbito universitario, por ejemplo-, por el contrario, se procura mediante ella evocar una falta que en sí resalta el valor de aquello que se busca transmitir, en tanto el psicoanálisis en sí es un discurso agujereado en relación al saber. Por ello, algo siempre quedará del lado de la insuficiencia, una determinación que no colma los confines de cualquier escritura que desee transmitir una clínica psicoanalítica, además de hacer de esta transmisión no universal ni homogénea. Al tomar como esencial la oposición aludida, ya que lo que se transmite no necesita ser entendido, no es por la vía de la comprensión que opera la transmisión, por el contrario, la inclusión de lo imposible lógico dentro de lo que algunos pretenderían sea enseñable hace de la transmisión una necesidad (Laurent, 2007).

Se recuerda a estas alturas el modo en que Hassoun (1996) define la transmisión como “un decir-a-medias que transmite un no-sabido” (p. 65), fórmula que propone para lo que llamó las lenguas del olvido, aquellas palabras que, en su decir, quedan olvidadas detrás de lo dicho en lo que se escucha -para retomar el famoso enunciado lacaniano-, pero que, tanto para Hassoun a su manera como para Lacan, estos decires no-sabidos insisten y retornan esperando a ser reelaborados por medio de una transmisión. Esto se toma para pensar cuán similar es la situación respecto de aquellos “lo que se dice en un psicoanálisis” (Lacan, 2007, p. 3) que constituyen las bases de la clínica psicoanalítica y ineludiblemente fragmentario que de ello retorna en lo que aquel que operó como analista escribe narrativamente en un intento siempre fallido siempre obligado de transmitir su práctica.

¿Fallido? ¿Obligado? Pues bien, estos términos remiten directamente a aquella Intervención sobre la transmisión (Lacan, 2003b) pronunciada por Lacan en 1978 en lo que fue la clausura del 9° Congreso de la Escuela Freudiana de París. Allí sitúa, con todas las letras, la preocupación freudiana por la transmisión del psicoanálisis a su vez que pone en duda la transmisión del psicoanálisis en sí. Llegó a pensar en ese entonces que “el psicoanálisis es intransmisible. Esto es bien fastidioso. Es fastidioso que cada psicoanalista sea forzado - ya que hace falta que sea forzado - a reinventar el psicoanálisis.” (párr. 8). Lo que destaca es el fastidio, quizás el desgaste, que lo llevaron a catalogar al psicoanálisis como intransmisible. Pero, por otro lado, se entiende que esa intransmisibilidad es la esencia misma de la operación de transmitir el psicoanálisis en tanto evoca aquel agujero en el saber que, por supuesto, no deja de hacer mella en cierto punto.

Por eso, a su vez que enuncia su fastidio, sucesivamente habla de un forzamiento del que son objeto todos y cada uno de los analistas y sus prácticas. Aquel fastidio no impide que los esfuerzos se multipliquen y que se haga lo posible para que el barco del psicoanálisis se sacuda, pero no se hunda -alusión al *Fluctuat nec mergitur* del que se sirvió Freud (1984)-, para que lo intransmisible siga insistiendo y siendo objeto de intentos de transmisión, vehiculizados por un deseo. Después de todo, y como le fue transmitido a Freud por Charcot, la teoría es buena, pero eso no impide que las cosas sean como son (Freud, 1986b) y que lo intransmisible insista en ser transmitido.

Acerca de este deseo, nos tomaremos la libertad de reversionar lo postulado por Lacan (2023) cuando, en respuesta al por qué se toma la molestia de dar sus seminarios, de efectuar semejante cantidad de rodeos y esfuerzos, dirá que allí donde no se plantea el problema de la transmisión – aquí Lacan habla del problema de la enseñanza, pero a fines argumentativos se dirá que se acerca más a lo planteado en el presente escrito como transmisión-, hay una enseñanza impartida por un profesor, lugar en que la respuesta a la pregunta está siempre ya escrita, ya sabida, inamovible, en la que todo encaja, pues bien, no se trata de eso. Según Lacan, es el collage el que nos muestra la vía para lograr una transmisión al evocar la falta que constituye todo el valor de la obra figurativa, léase a nuestros fines el relato escrito de un caso en tanto obra figurativa lograda.

Ahora bien, a modo de retomar la marcha progresiva y habiendo puntuado acerca de la transmisión del psicoanálisis, se hará lugar para una salvedad. No cabe duda de que el psicoanálisis tiene desde sus orígenes y hasta la fecha cierta dependencia respecto de la casuística, es decir el relato de casos. No sería errado afirmar que son de

16

alguna forma necesarios para la transmisión del psicoanálisis, pero no por ello quiere decir que estos la colman, todo lo contrario. Si hay un esfuerzo que se le puede adjudicar a Lacan es el de la formalización, ideal, meta de formalización matemática transmisible, esta sí, íntegramente. De hecho, Cancina (2008) habla del historial clínico, el fragmento, la viñeta y los demás modos de presentar el material clínico como previos a una mayor formalización que incluye esquemas, fórmulas, grafos, matemas, y demás recursos topológicos.

Es decir, vías para transmitir la clínica psicoanalítica las hay varias, entre ellas, las que son objeto de nuestra indagación consisten en las que refieren directamente a la práctica del analista, construyendo un caso. El problemático pasaje de la dimensión individual, privada, a lo público, la publicación del caso, requiere de un rodeo, una puesta en relato en la que se selecciona y ordena el material disponible (Porge, 2007). Desde la "posición de narrador" (p. 19), se le hace sufrir, se somete a la singularidad de la práctica a un trabajo de escritura marcado por la división del sujeto del que funcionó otrora como analista tal y cómo se pone en juego en la dimensión del relato. Precisamente, el relato de casos fue la vía predilecta para Freud y su talento literario, no así para Lacan, que optó, como fue mencionado, por otras modalidades de transmitir ese real inasible -la práctica analítica- no sin dejar de servirse de dichas narraciones para los mismos fines, al tomar mayormente relatos de la práctica de otros analistas, entre ellos Freud, Melanie Klein, Ella Sharpe, Margaret Little, Lucy Tower, etc.

Aun así, para el disgusto de algunos y para el regodeo de otros, la práctica de la elaboración escrita de casos sigue vigente y hasta en auge actualmente. Dirá Le Gaufey (2007), "las viñetas clínicas y otros pequeños relatos a los que tan afecto es actualmente el mundo "psi", donde unos "casos" llegan a ubicarse ejemplarmente bajo los auspicios de una teoría más obsesionada por su propia transmisión que por su relación incierta y enfrentada con la práctica" (p. 10 y 11) en su pretensión de, ante todo, ilustrar despreocupadamente un punto de saber teórico y universal. Queda en evidencia que la narrativización de casos insiste, y esto ha de tener un por qué.

La pregunta del ¿por qué escribe un analista? -en este caso, por qué incursiona en la casuística- no es la que aquí se atina a responder, además de que toda respuesta a esta pregunta "quedaría restringida al ámbito íntimo del sujeto" (Pinedo, 2002, p. 75). Sin embargo, el hecho de que la pregunta en sí misma pueda plantearse ya da cuenta de que hay un porqué. En un intento de reencauce, una vez que se afirmó la posición del analista y su función como alejadas de un ser analista, se trajo a colación la pregunta de si la posición del analista y la del escritor son homólogas o no, se argumentó por la negativa desde varias aristas y se situó la transmisión del psicoanálisis movilizadora por un deseo que se tropieza con un imposible relativo al objeto que se trata transmitir y a los medios de hacerlo (Porge, 2007), el siguiente paso será profundizar acerca de la narrativización escrita de la práctica, su carácter testimonial y fragmentario.

17

5. Sobre la narrativización de la práctica

5.1 Escritura testimonial: Trabajo de construcción fragmentaria

Para retomar el puntapié inicial de la nota introductoria, se dirá que ya desde Freud la escritura de casos como operación se vislumbró tempranamente como problemática y dificultosa en psicoanálisis -dado que nunca fue una práctica exclusiva de este, precedido por el campo de las ciencias médicas-. Se han esbozado ya a lo largo de este escrito varios factores que apuntalan este postulado, tales como las reservas a las que debe ser sometido el material obtenido en la práctica, el carácter no totalizante inherente a toda producción de este tipo y la segunda mano que en efecto la produce.

Aquel pasaje de lo privado de la práctica a lo público que funda una clínica reside en el corazón de la difícil cuestión del testimonio. El testigo que testimonia, que en nuestro caso es el que funcionó a su debido momento como analista, pretende decir la verdad y reclama que se le conceda cierta autoridad en el preciso momento en que reconoce en sí mismo un saber, solo le hace falta un público que se la confiera asintiendo a su pedido y afirmándolo en ese saber supuesto (Le Gaufey, 2021). Dicho esto, la finalidad de este apartado consiste en indagar más a fondo el hecho problemático en sí y además advertir sobre las quiméricas soluciones sapientes que se ofrecen para este en la bibliografía casuística analítica.

A la hora de aconsejar sobre este ejercicio -es decir, la puesta en relato del caso y su posterior publicación- Freud (1986a) hace lugar a una serie de salvedades, aclaraciones e indicaciones a lo largo de su obra, cuyo fin se conjetura tuvo al menos dos propósitos: advertir al lector sobre lo que inevitablemente quedaría por fuera de su aprehensión y asesorar a aquellos que pretendan desempeñar la misma tarea. Entre estos consejos -ya mencionados en el primer apartado al referirnos a la atención parejamente flotante que le corresponde al analista-, resalta aquel que califica como desacertado cualquier tipo de protocolo exacto de tomado de notas para un historial clínico psicoanalítico, protocolos alineados con ideales de exactitud propios de la psiquiatría moderna. Estos no consiguen remediar la no admisión de terceros oyentes, la exclusión del futuro lector respecto de la práctica analítica que luego devenga escritura, por ende, no sería el camino acertado para subsanar la falta de evidencia que se descubre en las exposiciones psicoanalíticas falta que, como se verá, para Freud no será un problema en sí mismo.

La solución que de alguna forma Freud (1986a) propone como suplementaria ante esta supuesta falta de evidencia es dual. En primera instancia aclara que no es otro que el lector quien deberá conferir o no una cuota necesaria de crédito y confianza al analista en la elaboración de su material – analista en términos coloquiales, ya que como se ha visto no está oficiando en la escritura como tal-. Esto por el lado del lector, si bien no deja de influir en aquel que decida eventualmente escribir. Por el lado de quien intente narrar su práctica, el consejo es conciso: interponer un intervalo temporal entre el tratamiento de la singularidad, la práctica analítica, y la investigación vía la escritura del caso, reflexión que demanda la clínica mediatizada por la teoría. De lo contrario, de superponer ambas actitudes, el resultado sería el de un cerramiento de los caminos que permitirían reexaminar lo adquirido y discernir allí algo novedoso, además de obturar las vías por las cuales procede la atención parejamente flotante. Insiste en no emplear de antemano el material obtenido para fines expositivos y llama a la siempre renovada apertura para la sorpresa, la ingenuidad y el azar en el proceder analítico.

Este señalamiento freudiano es leído por Fernández Miranda (2021) como una discordancia fundamental – de acuerdo con la distinción primera planteada entre práctica, teoría y clínica psicoanalítica- entre la práctica que opera sobre singularidades y la investigación teórica que como tal supone una cierta medida de generalización. Es decir, advierte una tensión tanto entre la teoría y la práctica, como entre las actitudes que éticamente se deberían corresponder con estas. Así las cosas, y en línea con la postura adoptada y fundamentada en el presente ensayo, sitúa dos actitudes, dos lógicas, dos métodos, dos posiciones diversas que no se superponen, pero se entrecruzan.

Ateniéndose a la regla de atención parejamente flotante, la escucha de la singularidad requiere de una suspensión del saber, mientras que el teorizar, y consecuentemente el hacer clínica, “no es posible sin ejercer cierta violencia sobre las singularidades” (Fernández Miranda, 2021, p. 68), se agrega, sin traicionar sus secretos triviales y sin iguales (Lacan, 2014). Aun así, Fernández Miranda (2021) no deja de subrayar en esta tensión un necesario e inevitable entrecruzamiento entre ambas posiciones, en las que, indefectiblemente, de la práctica solo quedan huellas, retazos, restos caídos por las grietas, inasimilables y fragmentos reconstruidos con el fin de transmitir algo de ellos.

Se ha hecho mención ya en diversos apartados del presente escrito a cierta grieta por la cual caen los restos de lo que ineludiblemente queda por fuera en el desplazamiento entre la posición del analista y la del escritor del caso. Sucede que, echando mano una vez más al recurso de la etimología, la palabra casos deriva del latín casus que refiere a la caída, a lo que cae (Gorog, 2017). Se sostiene así el señalamiento de que, entre una posición y la otra, lo caído entre las grietas no podría sino ausentarse, o presentificarse como ausencia bajo el carácter fragmentario, lo cual no es contradictorio en sí mismo. Sin embargo, si bien lógicamente se ubica algo que inevitablemente cae, se pierde, se pueden pensar diversas formas de situarse ante eso.

Entretanto, por el lado de lo fragmentario las referencias posibles son vastas, de hecho, en todos los comúnmente llamados historiales clínicos freudianos, incluyendo aquellos previos al método psicoanalítico como tal, se pueden leer alusiones varias a esta cualidad de sus comunicaciones. En estas líneas la intención no consiste en hacer un recopilado de citas que den cuenta de lo previo, por lo demás, se considera ya fundamentado por lo esbozado hasta aquí. Se sostendrá entonces como una afirmación aquello que Freud confirmó personalmente a Groddeck vía carta en 1921, el talento especial que le permitía conformarse con lo fragmentario (Freud y Groddeck, 1977), sin desdén por ello ni exigencias de exhaustividad empírica. Esta aptitud por y conformidad con lo fragmentario será leída como otro paliativo que viene a sumarse al intervalo temporal y desplazamiento posicional propuesto también por Freud.

Zanjado esto, viene a colación como recurso el planteo que efectúa Koop (1996) al abordar el tópico de la escritura freudiana de sus historiales clínicos. Luego de caracterizarla como disruptiva, Koop traza un recorrido del que se recortan una serie de sustantivos aplicables a la misma, entrelazados entre sí y utilizados por el propio Freud en dichos casos: En primer lugar, la Darstellung, presentación, exposición que da a ver, muestra referida a la redacción en sí y emparentada a la figuración; luego, la Fixierung, fijación de lo escuchado, que abarca todo un abanico semántico relativo a la perdurabilidad y la fidelidad de lo figurado; por último, la Niederschrift, el registro escrito, inscripción, borrador que opera como contracara de esta supuesta reproducción sin falla que proporcionaría la fijación. Esta última abre a un horizonte para que la escritura se desplace en esos pasajes, en esas transferencias sustantivas, al permitirle confrontarse con la pérdida “como causa de lo que se hará figurativo, la presentación escrita” (p. 100). Lo que quiere decir que no es otra cosa que aquello que cae por las grietas en ese pasaje de puesta en relato lo que opera como causa para que el analista escriba sobre su práctica.

Esto va a llevar a Koop (1996) a proponer para el relato de la práctica en psicoanálisis una escritura palimsésica -de palimpsesto, derivada del latín Palimpsestus, manuscrito antiguo en que se aprecian huellas de una escritura anterior que fue borrada para escribir otra vez-, escritura de pérdida, transformación y traducción de dicha pérdida y de desplazamiento, alejada de cualquier noción inscriptiva de una memoria que reproduzca fonográficamente aquello que se perdió de un decir tras lo dicho en lo escuchado.

Sin embargo, sucede que no todos los analistas suscriben a, y por ende escriben bajo, esta rúbrica. En palabras de Fernández Miranda “en gran parte del psicoanálisis contemporáneo, todo ocurre como si la teorización se empeñara en absorber ese resto

molesto que descompleta el concepto” (2021, p. 70), dejando toda tensión propia del anudamiento y por sobre todo distinción entre práctica-teoría-clínica obsoleta, al producir

19

relatos clínicos “en tono taxativo y asertórico” (p. 70) que a su vez devienen en un “sistema sospechosamente armónico” (p. 70) en que todo cuadra y no hay cabos sueltos. Por ende, no sería errado interpretar escrituras de este tipo como tentativas de realzar y justificar ante un público la prolijidad, pulcritud y precisión de la práctica como analista del escritor del caso, sus aciertos y su sobresaliente saber acerca de lo acontecido entonces y relatado allí. Pocas veces se lee que en este tipo de escritos se admitan fracasos, mientras que los triunfos ilustrativos abundan, cómodos, atractivos incluso – entiéndase fracasos y triunfos en términos coloquiales-, después de todo, “en la literatura analítica no es muy usual leer o escuchar a un analista decir que se equivocó” (Faccendini, 2017, p. 128)

Esto responde quizás al hecho de que esta sea una práctica cada vez más difundida. Nuevamente, preguntarse por cuales serían los móviles y las intenciones que llevarían hasta ese puerto quizás sea redundante, lo que se busca recalcar una vez más es el hecho de que tales motivaciones existen y que pueden fundirse en el tintero del que va a proceder la escritura de casos.

Queda en evidencia que, el hecho de que se aconseje dicho intervalo temporal, que se destaque esa cuota de libertad que habilita lo fragmentario del asunto, y que se argumente nuevamente por la diferencia posicional y el desplazamiento enunciativo entre la posición-función del analista en su práctica y la posición que ocupa a la hora de ponerla por escrito en un relato de caso no alcanza, algo insiste. Faltaría mencionar otro factor que, si bien no deja de ser evidente, la intención es postular que no se subraya lo suficiente, y este es el trabajo de reconstrucción que la operación escritural conlleva.

Incluso se considera a la escritura en sí misma como un trabajo de reconstrucción, más aún en lo tocante a la puesta en relato de casos del analista. Esto se verá fundamentado desde la noción freudiana de *Durcharbeiten* -traducida al español como reelaborar (Freud, 1986c), a su vez retomada por Lacan (2022) al destacar en su raíz etimológica la palabra *Arbeit*, trabajo, y asociada con las construcciones en análisis- que, si bien se entiende que tienen su pretexto original en una determinada concepción de la experiencia analítica, se considera atinada a la hora de caracterizar el proceso escritural en que este presente ensayo se centra. Con esto, se refuerza el hecho de que no hay lugar para reproducciones fonográficamente fieles, sino trabajos de reelaboración y construcción escritural llevados a cabo desde otra posición que la del analista, fragmentarios, cargados de motivaciones ausentes -con un poco de suerte- en la práctica.

5.2 Lo arbitrario del recorte y una posición ético-epistemológica posible

Una vez arribado hasta este punto, se ha situado la escritura de casos en psicoanálisis como una particular estrategia narrativa de construcción que engloba historiales, viñetas y situaciones clínicas trasladadas desde la práctica -con lo que esta tiene de inasible y que por ende se pierde-. También se hizo hincapié en el hecho de que estas escrituras ocupan un lugar de relevancia y auge en la transmisión del psicoanálisis, pero muchas veces alejadas de aquella escritura palimséstica, presentándose más bien armadas “con la fuerza de la evidencia, con la prepotencia de la demostración” (Fernández Miranda, 2021, p. 72), ofreciéndose “como el lugar donde la teoría halla su validación” (p. 72).

Si la construcción del caso “no es otra cosa que una puesta en relato de la experiencia del analista con un analizante en transferencia” (p. 72), no por ello esta debe necesariamente ser objeto de inflaciones figurativas dirigidas a ilustrar a un público. Aquí se estará una vez más de acuerdo con Fernández Miranda al decir que la escritura de

casos pone en circulación algo de lo inasible de la práctica, pero cabe una discrepancia. A la vez que sitúa lo último, conjetura que “aquello que llamamos caso en psicoanálisis no es una ficción arbitraria y caprichosa” (p. 71 y 72), lo cual no sienta demasiado bien con lo bosquejado hasta aquí. Justamente si algo se destaca es que, ineludiblemente, algo del orden del arbitrio, y por qué no del capricho, se pone en juego en la escritura en mayor o menor medida. Aunque luego el autor emprende una rectificación con la que se puede estar

20

de acuerdo o no: insiste en que el caso como construcción, ahora sí reconocida por su parte como ficción, “es la condición de enunciación de la experiencia analítica, no el armado de una escena clínica adaptada a lo que el analista pretende demostrar” (p. 74), pero ¿hasta qué punto este ideal tiene verosimilitud de cumplirse?

Por último, pareciera que este cuestionamiento no le fuese ajeno al autor de referencia, ya que, al término de su racconto sobre la construcción de casos clínicos, sitúa su potencialidad desde y solo desde una posición ético-epistemológica que se articule con la investigación en psicoanálisis, posicionamiento que se pretende destacar, consustancial -más no idéntica- a la posición del analista en su práctica respecto de la suspensión del saber. En este punto, aparta los casos clínicos distinguiéndolos de otras modalidades escriturales que critica, concluyendo en que:

La construcción del caso nunca debería ocultar su fondo enigmático: en este punto, la posición epistemológica es al mismo tiempo una posición ética fundada en la renuncia narcisista del analista-investigador que asume la trascendencia de la praxis psicoanalítica respecto de sus propias ideas. (Fernández Miranda, 2021, p. 82)

Aquí el acento será puesto en el debería. El escritor del caso debería hacer una renuncia narcisista al reflexionar sobre su práctica, posicionarse éticamente de forma similar a lo que era cuando funcionó como analista en su práctica, escribir sin ataduras, sin títulos personales o intereses propios. ¿Es acaso esto posible? -además, ¿cómo se puede escribir y publicar ausente de títulos personales a no ser, por ejemplo, bajo el anonimato?- En cierto punto, y de tener que responder por negativo o afirmativo, se diría que no, y que además esto tiene sus razones lógicas en el desplazamiento enunciativo que se señaló oportunamente con la referencia a Le Gaufey (2021) y con la evidencia que el mismo Fernández Miranda denuncia como tendencia actual respecto de la casuística en psicoanálisis.

Ahora bien, el designio que en última instancia motiva este comentario es justamente el de no perder de vista que el caso escrito no fue construido sino por quien ocupó -en el mejor de los casos- la posición del analista, funcionando como tal, y que desde el momento en que emprende la escritura testimonial ya su posición, propósitos y móviles son otros. En palabras de Le Gaufey (2021), esa escritura “es obra de su mano, no la de un asistente notarial o de un funcionario diligente que habría actuado en su lugar” (p.133), es decir, no solo que no hay un tercero objetivo que pueda dar fe de lo plasmado en el caso, sino que además tampoco puede pretenderse objetividad o una ausencia total de móviles por parte del escritor que emprende el pasaje de lo privado a lo público. Después de todo, “si la escritura del caso en psicoanálisis es difícil, es porque en definitiva siempre es un análisis del psicoanalista mismo. No hay en la observación psicoanalítica esa relación de exterioridad que conserva la observación psiquiátrica” (Miller, 1986, p. 65).

Entonces se presentifica un punto en común entre la posición del analista y lo que poco a poco fue deslizándose como la posición del escritor de casos en psicoanálisis - nombrada por Porge (2007) como la “posición de narrador” (p. 19)-, y es el hecho de que a esta última también cabe interrogarle por si es una única o si puede variar.

Se ha dicho que, entre un posicionamiento y el otro, en el pasaje de lo privado a lo público, en el trabajo de escritura fragmentario y testimonial, en definitiva, en la escritura

de casos, algo forzosamente cae. Por lo tanto, en la narrativización de la práctica se tratará de posicionamientos, maneras, formas, estilos de hacer con, y frente a, eso que queda por fuera de la aprehensión. Por ende, no sería nunca lo mismo intentar a toda costa obturar esa falta con un saber pretendidamente clínico, ilustrar, inflar el relato, la figura y los aciertos del analista, absorber ese resto molesto, que simplemente dejar que eso caído entre las grietas falte y que, por el hecho de que falta, cause efectos de transmisión.

21

6. Reflexiones finales

Transitado el recorrido propuesto por el presente T.I.F., una serie de puntos axiales introducidos desde un inicio retornan en diversos momentos de la argumentación, vistiendo ropajes no siempre idénticos pero investidos desde la misma puesta en tensión central. Estos puntos son: la problemática de la escritura de casos en psicoanálisis, la posición del analista en la práctica, y la transmisión del psicoanálisis como operación que conlleva cierta imposibilidad. En cuanto al eje que articula estos puntos, se trata del interrogante que pone en cuestión si la posición del analista practicante, con todo lo que esta conlleva, es la misma que ocupa este a la hora de construir por escrito un caso clínico de su práctica.

Respecto de los objetivos e interrogantes planteados en la Nota Introductoria, se salda -en parte- la problemática al colegir que de ninguna forma estas al menos dos posiciones podrían ser idénticas, sustentado desde autores varios que han resaltado una marcada distinción entre lo que, en resumidas cuentas, puede inferirse como la posición desde la cual el analista tiene efectos y la posición desde la cual a estos los teoriza -sin dejar de lado el hecho de que no se es analista, sino que se funciona como tal-. A su vez, se plantea si habría una única posición del analista, la posición del analista. Se deduce que sí, pero que esta demanda cierta flexibilidad y que, como tal, es decir en la práctica analítica, es del orden de lo evanescente. Trasciende así los pagos y renuncias al saber indicados como consejos, pero no es sin estos, contribuyendo a complejizar aún más la temática.

Lo que despertó interés acerca del pasaje entre lo íntimo de la práctica y lo público del caso clínico fue, en una primera instancia, la aludida distinción entre el analista y el escritor de casos. Se llegó así, una vez argumentado el contraste, a afirmar que en la instancia de escritura y publicación de un caso no podrían sino verse implicadas una serie de cuestiones que deberían ser ajenas a la posición del analista en la práctica, entre ellas una diversa relación con el saber del cual el analista debería prescindir para funcionar como tal.

Esto no dejó de suscitar la pregunta de por si esta escritura de casos tiene a su vez una única forma de posicionamiento que la sustente. Así fue que, avanzado el desarrollo, justamente lo que nunca podría realizar dicho pasaje por razones éticas -el secreto profesional- y lógicas de la transmisión del psicoanálisis -en tanto decir-a-medias en que algo de esa práctica cae inevitablemente entre las grietas sin poder llevar a término el recorrido de un lugar al otro- tomó un lugar de relieve.

A modo de cierre, el último apartado previo a estas reflexiones finales concluye con una conjetura que, lejos de esclarecer definitivamente la problemática, da lugar para futuros desarrollos ensayísticos que desplieguen tramas y consideraciones afines. Se cerciora que de lo que se trata en la escritura de casos en psicoanálisis es de posicionamientos posibles y no homogéneos ante ese resto inasimilable de la práctica que no podría sino faltar en aquella escritura narrativa de la que esta es objeto. Si títulos personales, móviles, implicaciones narcisistas y segundas manos son inherentes en cierto punto a la escritura de casos -elementos que se pretende estén ausentes al ocupar la posición del

analista- no necesariamente estos deben ser lo que destaque en la narrativización de la práctica. Por el contrario, lejos de intentar absorber ese resto en un supuesto saber del analista escritor, siempre cabe la posibilidad de ejercitar una escritura de pérdida que haga de eso caído entre las grietas la causa de una transmisión psicoanalítica.

22

Referencias Bibliográficas:

- Belaustegui Goitía, V. (2011). Apuntes para pensar la transmisión de lo que no hay. Extraído de: <https://www.elsigma.com/hospitales/apuntes-para-pensar-la-transmision-de-lo-que-no-hay/12343>.
- Breuer, J. y Freud, S. (1985). Estudios sobre la histeria. En Obras completas Sigmund Freud, Tomo II (p. 1-316). Amorrortu editores S.A.
- Canale, F. (2023). La posición del analista. Escritos sobre ética y clínica en psicoanálisis. Letra viva.
- Cancina, P. (2008). La investigación en psicoanálisis. Homo Sapiens Ediciones. - Domb, B. (2007). La posición del analista y la eficacia del psicoanálisis. Homo sapiens ediciones.
- Escars, C. (2003). El historial clínico y la insuficiencia de la trama. En Clínica de la transmisión (p. 11-21). Ediciones Imago Mundi.
- Faccendini, J. (2017). Clínica y neurosis: fantasma. Laborde libros editor (2018). Una clínica del grado del deseo. Letra viva.
- Faccendini, J. y Vinciarelli, R. (2023). Formalizaciones en Lacan. Endoxa. - Fernández Miranda, J. (2021). La investigación y la práctica del psicoanálisis. En Revista psicoanálisis en la universidad N°5 (p. 63-83). UNR Editora. - Freud, S. y Groddeck, G. (1977). (1917-1934) Correspondencia. Ed. Anagrama. - Freud, S. (1978a). Fragmento de análisis de un caso de histeria. En Obras completas Sigmund Freud, Tomo VII (p.1-108). Amorrortu editores S.A. (1978b). Conferencias de introducción al psicoanálisis: 1° conferencia, Introducción. En Obras completas Sigmund Freud, Tomo XV (p.13-21). Amorrortu editores S.A. (1984). Contribución a la historia del movimiento psicoanalítico. En Obras completas Sigmund Freud, Tomo XIV (p.1-64). Amorrortu editores S.A. (1986a). Consejos al médico sobre el tratamiento psicoanalítico. En Obras completas Sigmund Freud, Tomo XII (p.107-120). Amorrortu editores S.A. (1986b). Charcot. En Obras completas Sigmund Freud, Tomo III (p.7-24). Amorrortu editores S.A. (1986c). Recordar, repetir y reelaborar. En Obras completas Sigmund Freud, Tomo XII (p.145-158). Amorrortu editores S.A.
- Gorog, F. (2017). La clínica entre perversión y psicosis. Manantial. - Gusman, L. (2016). El dispositivo en función. En Conjetural 64 (p.113-125). Ediciones SITIO.
- Hassoun, J. (1996). Los contrabandistas de la memoria. Ediciones de la Flor S.R.L. - Koop, G. (1996). Freud: La densidad figurativa. Homo Sapiens Ediciones. - Lacan, J. (2002). Versión Crítica digitalizada del Seminario R.S.I. Recuperado de: <https://lacanterafreudiana.com.ar/2.1.10.1%20CLASE%20-01%20%20S22.pdf> (2003a). El seminario de Jacques Lacan: libro 8: La transferencia. Paidós. (2003b). Intervención sobre la transmisión. 9° Congreso de la École Freudienne de Paris sobre < La transmisión > (9/7/78). En: Acheronta N° 17 (p.112-113). Michel Sauval. (2004). El seminario de Jacques Lacan: libro 20: Aún. Paidós. (2007). 5 de enero de 1977: Apertura de la Sección Clínica. Edición bilingüe. Recuperado de: https://ecole-lacanienne.net/wp-content/uploads/2016/04/ouverture_de_la_section_clinique.pdf

(2014). 1º Conferencia sobre la ética del psicoanálisis en Bruselas (9/3/1960).

Extraído de: <http://www.psicoanalisisinedito.com/2014/05/jacques-lacan-1-conferencia-sobre-la.html>.

(2020). El seminario de Jacques Lacan: libro 3: Las psicosis. Paidós. (2021). El seminario de Jacques Lacan: libro 11: Los cuatro conceptos fundamentales del psicoanálisis. Paidós.

23

(2022). El seminario de Jacques Lacan: libro 1: Los escritos técnicos de Freud. Paidós.

(2023). El seminario de Jacques Lacan: libro 10: La angustia. Paidós. - Laurent, E.

(2007). ¿Cómo se enseña el psicoanálisis?. Editorial ICBA. - Le Gaufey, G. (2004). ¿Es el analista un clínico?. En: Opacidades 3 (p.255-264). Ediciones cernedor.

(2007). El notodo de Lacan: consistencia lógica, consecuencias clínicas. El cuenco de plata.

(2021). El caso en psicoanálisis: ensayo de epistemología clínica. Ediciones Literales.

- Miller, J.A. (1986). Recorrido de Lacan: ocho conferencias. Ediciones Manantial S.R.L.

- Neffen, I. (2023). Las entrevistas preliminares en psicoanálisis. Letra Viva. - Pinedo, J. (2002). Escritura de analista. En: Conjetural 38 (p.75-82). Ediciones SITIO.

- Porge, E. (2007). Transmitir la clínica psicoanalítica. Ediciones Nueva Visión -

Rabinovich, D. (2021). El deseo del psicoanalista. Libertad y determinación en psicoanálisis. Manantial.

- Real Academia Española (s.f.). Diccionario de la lengua española [versión 23.7 en línea]. Recuperado de: <https://dle.rae.es>